**Domingo de la Ascensión (13.05.2018): Marcos 16,15-20.**

***“Primero se apareció a María de Magdala”.* Te lo digo y lo escribo CONTIGO.**

Los tiempos en los que vivió Jesús de Nazaret y en los que se escribió el texto que se nos lee el domingo día 13 de mayo no eran los tiempos de Copérnico y de Galileo. La llamada fiesta católica de ‘la ascensión de Jesús a los cielos’ sólo se puede expresar o comprender si las neuronas cosmológicas que habitan en los humanos siguen creyendo que arriba hay un cielo azul donde están los dioses de todos los tiempos y pueblos, desde el Ra, hasta el Zeus, Alá, Tlaloc, Yavé o la santísima Trinidad.

Desde los días de Galileo no existe en el cosmos un arriba frente a un abajo. No hay tal cielo arriba, frente a un abismo de las profundidades marinas ni una tierra plana iluminada por un sol que permanece y una luna que nunca tiene la misma forma ni está cada día en el mismo sitio a la misma hora. Esta fiesta de la ‘ascensión’ (para Jesús) como esa otra de la ‘asunción’ (para su madre María) deberían cambiar sus nombres, creo pequeña, humilde y laicalmente.

Entrado ya en sugerencias, me atrevo a proponer también que sólo se lea en una ocasión y muy de pasada el relato completo de Marcos 16,9-20 en el que se incluye el texto que los doctores vaticanos desean que nos leamos en esta fiesta de la ascensión. Creo que nos ofrecen esta lectura sola y exclusivamente por estas afirmaciones: *“Con esto, el Señor Jesús, después de hablarles, fue elevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios”* (Marcos 16,19).

Desde el siglo IV y de la mano del muy sabio y creyente traductor san Jerónimo ya se creía que este texto de Marcos 16,9-20 fue un añadido posterior al Evangelio, que concluía en 16,8 de manera muy abierta y sorprendente.

El mensaje que se nos anunciará en las liturgias católicas es como para detenerse a meditarlo críticamente. Por ejemplo, lector leído, ¿le encajan bien en sus neuronas de la buena noticia estas palabras tan claritas que dicen *‘el que crea y sea bautizado se salvará. El que no crea se condenará’* (16,16)? La larga tradición eclesiástica tradujo este mensaje en ese lenguaje sintético e incomprensible de los dogmas. Y decía sin pestañear que ‘fuera de la iglesia no había salvación’. Y para pertenecer a la iglesia era condición innegociable estar bautizado…

Este mensaje no se le asemeja en nada al Jesús de Nazaret del que se nos habla en el original Evangelio de Marcos. Y añado más. Si son ciertas esas cinco condiciones de la pertenencia a la identidad de Jesús, seguramente este Jesús no tiene ni un solo seguidor. Es imposible que alguien cumpla y encarne en su vida y persona las cinco condiciones formuladas en 16,17-18.

Las voy a escribir aquí para que cada lector contemplativo valore lo que acabo de expresar: *“Estas son las señales que acompañarán a los que creen: Expulsarán demonios en mi nombre* (1); *hablarán lenguas nuevas* (2); *agarrarán serpientes en sus manos y no les pasara nada malo* (3); *beberán venenos y no les harán daño* (4) *e impondrán sus manos sobre los enfermos y sanarán* (5)”. Personalmente confieso que no poseo ninguna de estas capacidades y, por ello, no soy creyente en esa manera de entender a Jesús de Nazaret. Y si no soy creyente de esta manera, ¿no tengo acceso a esa salvación que se anuncia y de la que ignoro su existencia?

**Domingo 24º de Lucas (13.05.2018): Lucas 8,1-21.**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

Después de lo acontecido en casa del fariseo Simón, el Evangelista Lucas continúa así su relato sobre la persona de su Jesús de Nazaret: *“Iba por ciudades y pueblos proclamando y anunciando el Evangelio del Reinado de Dios y le acompañaban los Doce y algunas mujeres que habían sido curadas… María de Magdala de la que habían salido siete demonios, Juana…, Susana y otras muchas…”* (8,1-3). Junto a la misión evangelizadora de Jesús, este narrador nos informa de la respuesta de quienes le ven, oyen y tocan: el seguimiento. Hablar **de**-estar **con**.

Y, para que todo lector de su relato entienda, el Evangelista explica otra vez qué es eso de ‘evangelizar’ o ‘hablar de’ en su narración de unas nuevas parábolas: *“Salió un sembrador a sembrar su semilla… La parábola quiere decir… Nadie enciende una lámpara… sino que la coloca… para que los que entren vean la luz…”* (8,4-18).

Y, para que todo lector de su relato entienda, el Evangelista cuenta otra vez qué es eso del seguimiento y quiénes son las personas que le siguen o que ‘están con él’: *“Se presentaron donde él su madre y sus hermanos… Pero él respondió: mi madre y mis hermanos son los que escuchan… y viven”* (8,19-21).

Este Jesús de Lucas evangeliza de la misma manera que un sembrador de entonces sembraba sus semillas. El evangelizador Jesús de Nazaret es un sembrador. Su semilla son palabras y la tierra de la sementera es la escucha de quien le escucha a su modo y manera. En apariencia todo esto es muy sencillo y hasta muy normal, pero no conviene olvidar tan pronto cómo empezó esta tarea de hablar y escuchar.

Es momento de releer de nuevo ahora Lucas 4,14-30. Este Jesús leía y anunciaba los mismos textos que los letrados leían en las sinagogas. Palabra de Dios, decían tanto aquellos letrados del judaísmo y aquel Jesús, el laico de Nazaret. Todos leen y comentan la misma palabra, pero los oyentes que lo escuchan todo no reaccionan de la misma manera. ¿Por qué? ¿No se sabe?

Nadie llegará a saber por qué sucedieron entonces aquellas distintas reacciones ante el anuncio de la misma palabra, llamada ‘de Dios’. Lo curioso de esta situación, después de unos veinte siglos, es que entre nosotros volvemos a constatar las mismas y distintas respuestas cuando son unos u otros los intérpretes y evangelizadores del mismo relato. Está atestiguada, pues, esta ‘libre interpretación de la palabra’. Pero recuerdo que a Jesús le taparon la boca.

La manera de leer e interpretar Jesús la única palabra de sentido, y llamada ‘de Dios’, que es la vida que se vive y que se cuenta y que se escribe, sorprendió a muchos. Entre estas personas sorprendidas están su madre, sus hermanos (8,19-21), los Doce, muchos seguidores y un puñado de mujeres (8,1-3). Y entre estas últimas, una, María de Magdala. Muy especial por aquello de sus siete demonios. **¿No ansiaba esta María Magdalena la presencia de un Mesías judío de poder, Poder y PODER,** como se cuenta en Lucas 4,1-13 en el relato del tentador? Sus demonios eran este poder de poderes y no otros. Con Jesús, estos demonios se transformaron en la buena noticia del único Evangelio del servicio sembrado y crecido en sus entrañas.